

CAPÍTULO II

Del espíritu de fe del Padre Champagnat

La fe –dice san Ambrosio– es fundamento¹ de todas las virtudes; cuanto más ilustrada, viva y firme, tanto más sólidas y excelentes serán las virtudes que sobre ella se levanten.

El Padre Champagnat fue modelo de virtudes sacerdotales y religiosas; pero todas esas virtudes estaban enraizadas en su fe, y esa fe fue la que las hizo brotar, las fortaleció y desarrolló. Lo mismo que para el Rey Profeta, la fe era la luz² que guiaba sus pasos e iluminaba sus palabras, decisiones, proyectos y acciones.

Aquella fuerza y energía que hacían tan patéticas sus instrucciones y le ganaban la atención de unos oyentes que lo escuchaban embelesados, procedía de su fe. Tan impregnado estaba de ella, con tal convicción hablaba de las verdades religiosas, que se podría pensar que las veía con sus ojos y las palpaba con sus manos.

En la conversación y en las entrevistas personales con los Hermanos, se le escapaban a menudo exclamaciones y anhelos profundos, fruto de su fe viva, que iban directos al corazón y producían impresiones imborrables. He aquí algunos ejemplos:

“Pero, ¡hombre! –decía a un Hermano que se veía desanimado por ciertas dificultades–, ¿no teme injuriar a Dios, descorazonándose por tan poca cosa? ¿Se puede dudar del éxito cuando se tiene a Dios de su parte y se hace su obra?”

A otro, al que quería infundir sentimientos generosos, le dijo abrazándolo después de haberlo escuchado en confesión: “Ah, Hermano, tenemos que salvarnos; pero salvarnos para Dios y, por lo tanto, dejar de lado todo temor e inquietud, y ocuparnos exclusivamente en amar a Dios.”

A otro, que se quejaba de las dificultades de la vida religiosa, le respondió: “Si tuviera más fe, no sería tan cobarde en el servicio de Dios, y no le parecerían tan grandes las dificultades de su vocación. En todas partes hay tribulaciones; todos los hombres tienen su cruz; pero quien lleva la suya por Dios y medita las verdades de la fe la encuentra siempre suave.”

“Amigo mío –decía a un Hermano joven al que costaban mucho las prácticas de la vida religiosa–, lo que hoy le ocasiona mayor sufrimiento, será algún día motivo de mayor satisfacción.”

No había transcurrido un año, y ya este Hermano podía hablar de la felicidad de haber hecho esta experiencia. “¡Oh, qué contento estoy –exclamaba en su lecho de muerte– de haber hecho algunos sacrificios para perseverar en mi vocación y haberme esforzado por cumplir la Regla: en estos momentos es mi mayor esperanza de salvación!”

Del espíritu de fe nacía en nuestro piadoso Fundador el celo por la gloria de Dios y santificación de las almas que lo consumían, el gran amor que profesaba a los niños, aquel deseo ardiente que le acuciaba de consagrar los últimos días de su vida a la conversión de los infieles³.

Decía a menudo a los Hermanos: “¡Ay, si supiéramos el precio de un alma! ¡Si conociéramos cómo ama Jesús a los niños y con qué ansia desea su salvación, lejos de parecernos penosa la clase y quejarnos de las dificultades de nuestro estado, estaríamos dispuestos a sacrificar la vida para proporcionarles el beneficio de la educación cristiana!”

Los Hermanos que lo acompañaron en sus viajes, le oyeron exclamar muchas veces al encontrarse con un niño: “Ahí tenéis un alma creada a imagen de Dios, rescatada por la sangre de Jesucristo, destinada a la felicidad eterna. ¿Y pensar que tal vez este niño ignore estas verdades sublimes o que no haya quien se preocupe de enseñárselas!” E

inmediatamente, si le era posible, se acercaba a él, le hablaba con bondad y le preguntaba el catecismo.

Ese espíritu de fe le hacía ver a Dios siempre presente y le mantenía en fervor constante. Después de ocupaciones diversas, se le veía y oía orar con tal ternura y piadosa unción que animaba a los más tibios y despertaba deseos de orar en los más indiferentes. Por eso no soportaba que se orase de cualquier manera, que adoptaran posturas poco respetuosas, ni tan siquiera que se hiciese mal la señal de la cruz. ¡Cuántas veces reprochó enérgicamente a los Hermanos el hacer esa señal precipitadamente o sin atención! “¿Así hacéis –les decía– una señal que nos recuerda los misterios más conmovedores e inefables? ¡No entiendo cómo puede haber religiosos que puedan olvidarlo hasta ese punto! ¿Qué ejemplo pueden ofrecer a los niños y a los fieles? ¿Qué pensarán si os ven hacer con tal ligereza un gesto que debería inspirar piedad y fervor? ¿Cómo vais a enseñar a los niños a hacer ese signo sagrado, si vosotros lo hacéis tan mal?”

Un sacerdote, después de una visita al Hermitage, decía: “Nada me ha impresionado ni edificado tanto como la piedad del señor Champagnat. Al oírlo rezar, uno se convence de que es un santo; quienes tienen la dicha de vivir con él no pueden por menos de ser piadosos. Tan sólo hice un ejercicio de piedad con él (la oración de la noche) y me ha inspirado sentimientos de devoción que espero conservar largo tiempo.”⁴

* * *

Este mismo espíritu de fe le inspiraba profundo respeto a los objetivos religiosos y a cuanto tenía relación con Dios. Si hallaba en el suelo páginas de libros religiosos, las recogía con cuidado. “Procurad –decía a los Hermanos– que vuestros alumnos no dejen caer las hojas de sus libros. Si se desprenden, quemadlas, pues aparecen en ellas el nombre de Dios y su palabra. Dejarlas tiradas por el suelo o abandonadas en los muebles, supondría profanar aquel adorable nombre y esta divina palabra. Preocupaos también de los objetos religiosos de las casas, como crucifijos, estampas de santos, pila de agua bendita: colocadlos convenientemente y mantenedlos siempre muy limpios. Y enseñad a los niños que hagan lo mismo en casa de sus padres.”

Tenía el mismo respeto para el hábito religioso y muchas veces lo hemos visto recoger un trozo de cordón, un sombrero viejo, u otra prenda cualquiera del hábito de los Hermanos.

“Vuestro hábito ha sido bendecido; es la librea de María –decía–; por eso hay que respetarlo y cuidarlo con la máxima solicitud⁵. Desestimar el hábito religioso supone no apreciar la vocación y desconocer la santidad del propio estado. Siento honda pena cuando veo por el suelo cualquier prenda de vuestro hábito. Por eso os recomiendo que las mantengáis siempre recogidas; ni siquiera con la disculpa de que están fuera de uso debéis dejarlas tiradas en cualquier sitio: todo objeto que nos recuerde la santidad de nuestro estado, cualquiera que sea su valor, hemos de respetarlo.”

Quería que cada mañana besaran el hábito y la cruz⁶ antes de ponérselos. Era tal su empeño por inspirarles respeto a las cosas santas y aprecio a la vocación religiosa y a todo lo que a ella se refiere, que repitió estos avisos a los Hermanos en multitud de ocasiones.

Pero no hay palabras para expresar su respeto y veneración por las iglesias, los sacramentos, la santa misa. Su fe profunda en la presencia real, lo mantenía como anonadado y abismado ante el Santísimo Sacramento. No era posible asistir a su misa sin sentirse movido a devoción y transido de profundo respeto hacia los sagrados misterios. Cuando distribuía la comunión, pronunciaba las palabras *Ecce Agnus Dei* tan convencido y con tal devoción que parecía estar viendo a Nuestro Señor, que Dios no era par él un Dios oculto. Muchas personas quedaron profundamente impresionadas y movidas a devoción al oírle pronunciar esas palabras con tanto fervor y devoción.

En un viaje que realizó a Saboya⁷, solicitó permiso para celebrar la santa misa en una parroquia rural. El mantel del altar y los corporales que le pusieron estaban muy sucios; le causó tal disgusto que se puso enfermo. “¡Ya ve –dijo a su acompañante– cómo tratamos a Nuestro Señor, cuyo amor hacia nosotros le movió a que darse en el altar! La gente tiene ropa limpia para vestir y para la mesa; sin embargo, al cuerpo del Hijo de Dios se le deja en la más asquerosa suciedad. Mantenemos nuestras casas bien decoradas y limpias, y la iglesia, donde mora Nuestro Señor, está llena de polvo y telarañas.”

El profundo respeto que profesaba a Jesucristo no le hubiera permitido decir una sola palabra en el lugar santo sin extrema necesidad. Más aún, no quería que se hablara en la sacristía sin motivo. En una ocasión, un Hermano, por descuido, entró en ella sin descubrirse. “Pero, Hermano –exclamó–, ¿cómo no se descubre al entrar aquí? ¿No se da cuenta de que la sacristía⁸ forma parte de la iglesia? Hemos de entrar siempre en ella con respeto y modestia.”

Al disculparse el Hermano, añadió: “No hay disculpa que valga. Si tuviera fe más viva en la presencia de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento del altar, no cometería faltas de este tipo.” El Hermano que refiere esta anécdota, añade: “Hace más de veinticinco años que recibí esa corrección del buen Padre y aún conservo intacta la impresión que me produjo.”

En los comienzos del Instituto, cuando aún nos encontrábamos en Lavalla, la comunidad tenía un oratorio reducido para hacer los ejercicios de piedad. “¿Cuándo tendremos –decía a menudo a los Hermanos– la dicha de disponer de una capilla⁹ y tener al Señor con nosotros? Esperamos alcanzar ese favor. Pero, ¿sabremos agradecerlo y apreciarlo como se merece? Pues es una gracia insigne poder gozar de la presencia de Aquel que constituye la bienaventuranza de los ángeles y los santos. Esa divina presencia, por oculta y velada que esté en el Santísimo Sacramento, no es menos digna de nuestro respeto y adoración.”

Estimaba especialmente la dicha de haber nacido en el seno de la Iglesia católica y no se cansaba nunca de agradecerse a Dios. Toda su vida consideró festivo el día de su bautismo y lo celebraba con grandes muestras de gratitud y alegría¹⁰. Lo mismo sucedía con el aniversario de su ordenación sacerdotal.

* * *

*El justo vive de la fe*¹¹, dice la Sagrada Escritura. En el Padre Champagnat era grande esta vida de fe. Leed en la Regla el capítulo del espíritu de fe: es la expresión fiel de sus sentimientos y enseñanzas y de los principios que guiaban su conducta. Por este mismo espíritu veía sólo a Dios y su santa voluntad en los acontecimientos y en todo lo que le sucedía¹². “Dios –decía– dirige y guía los acontecimientos y los hace redundar en bien de sus elegidos. Por más que se esfuerzen los malos, sólo podrán hacer lo que la Providencia les permita; por eso no tenemos por qué temerlos; sólo a Dios hay que temer. Incluso hemos de temernos más a nosotros mismos que a los hombres y al infierno entero, pues somos nuestro mayor enemigo y nos hacemos más daño que el que pueden causarnos los malos y todos los demonios juntos.”

Iluminado por este espíritu de fe, veía con nitidez su propia debilidad, la nada de la criatura, la vanidad de los medios humanos, y sólo de Dios esperaba el éxito de sus proyectos. Empleaba, naturalmente, todos los medios normales, porque era consciente de que entran en los planes de la Providencia, pero lo esperaba todo de Dios¹³. “Perderíamos el tiempo –decía a veces– si esperáramos de nuestro esfuerzo y talento, de nuestra habilidad o de los hombres el éxito de nuestras obras, pues únicamente Dios puede concedérselo. En cuanto a nosotros, sólo valemos para estropearlo todo.”

En vacaciones, cuando tras madura reflexión había hecho la distribución de los Hermanos y, con su consejo, había determinado el puesto y la función de cada uno, decía:

“Lo hemos calculado todo, hemos tomado todas las precauciones para dar a cada Hermano lo que le conviene; creemos que hemos acertado, que hemos arreglado bien las cosas. Pero, ¡cuidado!, guardémonos de contar sólo con nuestra prudencia; si Dios no pone su mano y no bendice estas previsiones, nada hemos hecho, y las combinaciones que nos parecen mejores, serán las menos acertadas. Así pues, oremos a Nuestro Señor para que bendiga nuestros esfuerzos, pues, *Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam.*” (Sal 126,1)

Tomando luego la lista de destinos, la ponía sobre el altar durante la santa misa, y dirigía fervientes plegarias por espacio de varios días, junto con la comunidad, para alcanzar la protección de Dios sobre los cambios que había decidido.

En sus instrucciones, así como en las exhortaciones personales que daba a cada Hermano, no se cansaba de repetir: “Acertaréis, haréis el bien y alcanzaréis el éxito por la gracia de Dios y la protección de María, por la piedad y la virtud; así pues, guardaos de contar con vosotros mismos o con la benevolencia y el apoyo de los hombres. Sin duda que debéis ser merecedores de la confianza de las autoridades y de su interés por la escuela; pero la prosperidad de vuestras casas no la esperéis de los hombres ni de vuestras dotes, sino de Dios.”

* * *

Un Hermano Director, al darle cuenta de su escuela, le aseguraba que los Hermanos contaban con la simpatía de las personas influyentes del pueblo, que habían sabido granjearse su aprecio y que podían estar seguros de contar con su apoyo. Unos días después, el Padre supo de buena fuente que esas mismas personas, a quienes el Director consideraba tan adictas a la escuela y de quienes esperaba los recursos necesarios para la subsistencia de los Hermanos, tramaban la ruina del centro y maquinaban a ocultas el modo de deshacerse de los Hermanos.

El buen Padre, que se había reunido con los Hermanos Directores por asuntos de administración, aprovechó la ocasión para dar a todos una lección ocasional acerca de la inutilidad de los medios humanos para realizar el bien. Y se dirigió al Hermano Director en cuestión en estos términos:

- Querido Hermano, ¿no me había asegurado que las autoridades y personas influyentes del municipio protegían la escuela, la estimaban y que nada tenían ustedes que temer por el porvenir de su establecimiento?

- Así es, Padre, respondió el interesado.

E inmediatamente volvió a elogiar a las autoridades, sin omitir las promesas que le habían hecho.

- Pues miren, queridos Hermanos -prosiguió el Padre-, vuelvo a reiterarles la misma recomendación que tantas veces les he hecho de que se comporten siempre de modo irreprochable con todos, especialmente con las autoridades y demás personas cuya ayuda necesitan para realizar el bien, pero que cuenten sólo con Dios a la hora de esperar el éxito de sus escuelas y en sus trabajos. El Hermano, a quien acaban de escuchar, ha contado demasiado con el apoyo de las autoridades de su municipio. Pues acabo de saber que están haciendo lo imposible para deshacerse de los Hermanos y cerrar la escuela. Cuando ponemos nuestra confianza en los hombres, Dios nos retira su apoyo; y entonces podremos estar seguros de que nos sucederá lo que dice el profeta: *Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam.*⁴ Nunca olvidéis que sólo con la ayuda de Dios podremos realizar el bien, no con los medios humanos.

Al terminar la reunión, tomó aparte al Hermano y le dijo: “Tal vez le haya molestado lo que acabo de decir, pero me pareció que la lección sería provechosa para todos. Por lo demás, estoy persuadido de que Dios ha consentido esto para castigarle por la excesiva

confianza que había puesto en los hombres. Para lograr su confianza, les ha hecho usted muchas visitas. Una sola al Santísimo Sacramento le hubiera sido infinitamente más provechosa. No olvide que confiar en los hombres es apoyarse en una caña que se dobla y nos hace caer.”

Un día, el Padre Champagnat acertó a ver en el bolso de un Hermano que llegaba de viaje, un rollo de papel con estas palabras: *Grandes medios de éxito*. Queriendo informarse de cuáles eran esos medios, desata el rollo y ve que contenía grecas, pájaros pintados a mano y dibujos diversos. Apenado al ver la importancia atribuida a tales bagatelas, mandó llamar al Hermano encargado de la formación de los Hermanos jóvenes y, señalando todas aquellas hojas, le dijo: “Así que son éstos los grandes medios de éxito de los Hermanos jóvenes que usted está formando; éstas las cartas de su triunfo. ¿Puede resultar extraño que tengan tan poco éxito entre los niños? ¿De qué les va a servir que aprendan todas esas cosas si no saben emplearlas mejor? En lo sucesivo, dé menos importancia a las ciencias y más a la piedad; pero, sobre todo, repita a esos Hermanos que harán el bien y obtendrán la prosperidad de las escuelas con la virtud y la ayuda de Dios, pero no poniendo su confianza en tales frivolidades.” Luego mandó llamar al dueño de los papeles y, después de haberle reprendido, tomó el rollo y le prendió fuego en su presencia, diciendo: “Ahí tiene cómo acaban sus grandes medios de éxito, porque, efectivamente, sólo son eso, un poco de humo.”

* * *

“La fe es una virtud generosa, dice santo Tomás; es audaz y valiente, dice san Agustín; es la fortaleza de las almas grandes¹⁵, añade san León.” Todo esto fue la fe para nuestro piadoso Fundador. Ella le proporcionó generosidad para no retroceder ante ningún sacrificio; ella le impulsó a unir su suerte a la de los Hermanos yendo a vivir con ellos y compartiendo sus privaciones; por ella sacrificó fuerzas, salud y vida en beneficio de su obra.

La fe le hizo intrépido, animoso y capaz de embarcarse en empresas cuyo éxito parecía imposible a los ojos de la prudencia humana. Le comunicó fortaleza, magnanimidad para superar todas las dificultades y obstáculos, y lo elevó sobre los acontecimientos y vicisitudes de la vida.

“El Padre Champagnat –dice un piadoso sacerdote que había sido su condiscípulo de seminario– no era precisamente un águila, ni un sabio; su capacidad era limitada; pero era hombre de fe. Ya en la época de sus estudios brillaba en él esa virtud con todos esplendor; era el móvil de todo lo que hacía. Una fe firme como una roca, que le hizo triunfar en todo. Dios le había dicho: Haz esto; y lo hizo, contando exclusivamente con él, sin otro apoyo ni ayuda.”

¡Ojalá los Hermanitos de María no olviden con qué medios realizó el bien su Padre, y nunca sientan la tentación de buscar otros distintos! Cuando no consigan todo el éxito que podrían esperar de sus esfuerzos, que se pregunten si la auténtica causa no estará en el olvido del espíritu de fe que movió a su piadoso Fundador o en el uso de ciertos medios que él desconocía.

A veces se oye decir: ¿Cómo es posible que tantas instrucciones, tanta solicitud por los niños, obtenga tan escasos resultados? ¿Cómo es posible que con tantos medios de perfección haya tan poca virtud entre los Hermanos? San Agustín¹⁶ nos va a responder con dos palabras: “*Fides dormit*, es que la fe está dormida.” Las instrucciones que damos a los niños, los medios que empleamos en la propia perfección no están animados, no están vivificados por el espíritu de fe. En invierno, las plantas no crecen ni producen nada porque la savia se halla dormida. Del mismo modo, cuando la fe duerme, el religioso no puede, a pesar de sus esfuerzos, hacer bien alguno, ni para sí mismo, ni para los demás.



¹“Fides enim virtutum omnium stabile fundamentum est” (AMBROSIO, Salmos, 40, 4, PL 14, 1121 A).

²Sal 36, 10.

³OM 2, doc. 757, pág. 808, nota.

⁴“Cuando hacía la oración en voz alta... no leía la oración, sino que la rezaba con fervor, energía e inteligencia; de modo que los sentimientos del corazón se traslucían en sus palabras, y todos, sin querer, se sentían movidos a piedad y devoción” (MEM, pág. 97).

⁵LPC 1, doc. 107, PS, pág. 231.

⁶En la Regla de 1837, en la página 107, figuran las oraciones que han de rezar al ponerse la sotana, el cordón y la cruz.

⁷El Hermano Avit afirma en sus Anales: “El Hermano Juan Bautista, por descuido, coloca esta escena en Saboya” (AA, pág. 108).

Se trata de un viaje a La Côte-Saint-André, adonde el Padre Champagnat acompañaba al Hermano Luis María. La anécdota sucede en la parroquia de Anjou (Isère), a 18 kilómetros de Chavanay.

⁸Por entonces, la sacristía se hallaba contigua a la capilla.

⁹El Hermano Francisco da fe de que en 1820 hizo su retiro en la capillita del primer piso en Lavalla. Quiere esto decir que por entonces el deseo del P. Champagnat se había hecho realidad: ya tenía una capilla en la casa (AFM, cuaderno n.º 1, pág. 121).

¹⁰Marcelino, nacido el 20 de mayo, fue bautizado el 21. Tal día coincidió ese año con la fiesta de la Ascensión. Con motivo del aniversario de su bautismo, que celebraba cada año el día de la Ascensión, y no el 21 de mayo, le gustaba renovar sus resoluciones (OME, doc. 1, pág. 29, nota). El 3 de mayo de 1815 escribe en una nota: “Hoy, víspera de la Ascensión de Nuestro Señor, víspera del aniversario de mi bautismo, reitero la resolución de cumplir todas las que tomé ...” (OME, doc. 11(5), pág. 50).

¹¹Rm 1, 17; Ga 3, 11; Ha 2, 4.

¹²LPC 1, doc. 16, pág. 57.

¹³“No por esto descuido ninguna gestión que permita llevar a término este asunto (el reconocimiento legal), porque sé que en estas circunstancias quiere la Providencia que nos sirvamos de los hombres” (LPC 1, doc. 183, pág. 373).

¹⁴Sal 126, 1.

¹⁵La fe es una virtud generosa. Este elogio se lo hace santo Tomás. Es audaz y valiente –dice san Agustín–; es –dice san León (Serm. de Ascens.)– la fuerza de las almas grandes” (ÉTIENNE DE SAINT FRANCOIS XAVIER, Exhortations Monastiques, t. 3, 314. Aubanel, Aviñón, 1836).

¹⁶SAN AGUSTÍN habla de Jesús dormido en la barca: “Quiero exhortaros a que no dejéis dormir la fe en vuestros corazones... No debéis creer... que el sueño haya cerrado, a pesar suyo, los ojos del Todopoderoso durante esta travesía. Si lo creéis, Jesucristo está dormido en vosotros; pero si Jesucristo vela en vosotros, vuestra fe vela con él” (Evangelios, t. 16, sermón 63. Louis Vivès, París, 1871).